

Nueva York,

el pentagrama vertical

M^a Antonia García

Si Nueva York es la *gran manzana*, las raíces del árbol en el que germinó no fueron lo bastante fuertes como para que su fruto autónomo tuviese las vitaminas necesarias. No se conformó redonda, es más bien larga y desgarrada. Tiene más de *chip* que de fruta sana y apetitosa. Pero hay algo que la redime y le da categoría especial a través de los tiempos: sigue siendo la fonoteca del jazz, el lugar de peregrinaje obligatorio para el aficionado, la única ciudad del mundo en la que puedes ver y escuchar a seis o siete de los grandes en una sola noche y repetir la experiencia al día siguiente si es que sobrevives.

No es una ciudad, es una superficie urbana sobre la que se elevan altas construcciones en las que se albergan las personalidades miserables de quienes a su vez, ordenan la forma de vivir de las otras personalidades más miserables.

Miserables no son sólo los hispanos y los negros, también lo son los judíos sin recursos, aunque sean un número menor que el de los judíos ricos, los chinos que no regentan restaurantes y todos aquellos, neoyorquinos o no, que no saben, no pueden o no quieren entrar en la vorágine; almas rebeldes en una ciudad verticalmente ordenada y mansamente enloquecida. También los músicos tendrían cabida en este grupo, pero a ellos les salva su sabia convivencia con la armonía.

El corazón de Manhattan es vertical: se ordena orgánicamente desde arriba hacia abajo. Cada uno de sus edificios tiene un muro de contención que, curiosamente, no está construido con cemento, es de carne y hueso. Es el portero; una institución con traje de librea que desde su puesto de gran responsabilidad controla el acceso a las ratoneras. Porque donde de verdad se cuece todo es ahí dentro y no en el Metro, dentro de esas batutas de cristal que son los rascacielos, en esa sucesión de líneas rectas que conforman el pentagrama de Nueva York.

En la calle todo es accidental. Todo es el momento de paso, el trasvase de un lugar a otro. Los neoyorquinos no se miran, se ignoran, empujan para abrirse paso apuntando al bulto. Si analizamos cómo es esa ciudad desde la que se marcan los movimientos socioculturales de pseudovanguardia, el susto podría ser tremendo al conocer la precariedad del valor humano de su base: pensemos que existen honrosas excepciones.

Es una ciudad de grandes contrastes, por ahí sí tiene mérito. Un fatuo ricachón paga cientos de dólares por bailar una noche con su esposa en el *Radio City Music Hall Entertainment*, allá en lo más alto del Rockefeller Center, al ritmo de una orquesta fría que trata de evocar los cálidos ambientes de los años 40 y 50.

Mientras, las gentes del Village pasan una semana ahorrando para poder entrar al club del barrio y escuchar a *Dave Murray*. Y de un lado para otro está el taxista, que lleva la radio conectada a un programa en el que se pone buen jazz; está tan ensimismado, que no baja el volumen del aparato ni para preguntar al viajero dónde va.

Santuarios de la magia

Los buenos lugares para escuchar jazz permanecen. Queda el *Village Vanguard*, el único club que no mezcla el programa de actuaciones con el menú de las cenas. Un sitio atractivo para los japoneses que se aprietan en las primeras mesas con el ansia de aquel que si no se junta, no cabe en la foto. Pero tienen una gran ventaja: no quitan visión a los de las mesas de atrás y además escuchan en devoto silencio.

Qué gran público absorbente y absorto en las notas. Siempre tengo curiosidad por saber cómo queda un solo de saxo, o de piano, una vez transcrito en sus caracteres mentales. También están los de siempre, saludando a los colegas y los camareros, perdidos en la oscuridad del fondo para que las luces no interrumpan la concentración de su cerebro y porque admiran demasiado al músico como para estar demasiado cerca.

Hay más sitios. Está el *Fat Tuesday's* un lugar coqueto donde algunos van a terminar la noche con el grupo de amigos, con el que salieron a practicar el buen cenar a la americana. La música tiene su valor indiscutible y a quienes llegamos ansiosos de participar en el mundillo, no nos importa que el pianista nos pise según accede a su pequeña isla o que la cantante nos sacuda en plena cara llevada por el arrebato del *scat*; todo entra en el saco de las vivencias irrepetibles. Pero qué calor, qué abuso del espacio. Aún así nadie protesta y es que ese público, que llega medio despistado alguna vez oyó que el jazz es *hot*, y lo interpretan como la asfixia que provoca la falta de espacio y la escasez de aire.

Atienden a la actuación, se dejan llevar a veces, pero en otros momentos hablan todos al tiempo y aquí se ve que no vinieron a escuchar, sino a terminar la noche de forma pretendidamente bohemia. Y si salen a la calle con el cuerpo caliente y la cabeza fría, creen que lo que escucharon es *freejazz*, porque de eso también han oído hablar. Es la incultura, como expresión universal de la ignorancia, que toma forma en los altos y rubios al igual que en los morenos y bajitos.

Pero gracias a la variedad de público sobreviven los locales y el caldo de cultivo se mantiene. No importa si hay que anunciarse de forma tan dispar como lo hace el *Condon's*¹ (*Good American Food & Good American Jazz*), de alguna forma, hay que captar esa densidad de población que le corresponde a cada uno de ellos y que se estima en, aproximadamente, medio millón de personas por local. La cifra es alta, pero también en América el Jazz es música minoritaria.

El mito lo hizo la historia

Para los aficionados Nueva York sigue siendo la meca, un lugar de necesaria peregrinación porque es ahí donde todo se forjó y desde donde salió con rumbo a todo el mundo. Allí estuvo la calle 52, y la calle sigue estando, pero no queda nada que hable de su historia, sólo quienes la conocen sienten el intenso resumen que desprende el aire todavía viciado, que sale de los poros de sus piedras. Es tan estrecha que, efectivamente, uno puede escuchar las notas que proceden



de un local y otro y como se mezclan en el centro de la calle. Entonces se organiza la *jam* en el cerebro y se inicia la ceremonia.

Pegas la cara a alguna de las fachadas de cristal y pese a que el portero te mira fatal, ves como se abren las puertas de un ascensor y salen Billie y Lester. Van sonrientes y dispuestos a dar esa noche lo mejor de sus sentimientos.

Llueva o nieve, tienen el espíritu caliente; caminan seguros, van a volcar y provocar sensaciones. La sonrisa puede ser efecto de algún estímulo artificial, pero eso no ha variado mucho. Ni entonces, ni ahora lo tendrían fácil por ser artistas, auténticos genios de una música provocativa para los espíritus más simples. Esa genialidad se perdona menos cuando el color de la piel es negro.

Dicen que en la *calle* —no era necesario decir su número para saber que se hablaba de la 52— nunca se dormía. En ese tramo corto que va desde la Quinta a la Sexta avenida, el swing se instaló por un período de unos quince años, más o menos los que transcurrieron entre 1934 y 1950.

Por allí pasaron el esplendor, la guerra, la ley seca y muchos turistas que llegaban más interesados por los chismes que por los músicos y su obra. Pero también, estaban los buenos aficionados, aquéllos que tuvieron la oportunidad de escuchar en directo a los más grandes, y empararse con su ritmo y su inspiración. Y gracias a la afición, a los inconvenientes y las pocas ventajas, el jazz creció y conformó una base tan fuerte, como para perdurar en la memoria viva.

Allí estuvieron muchas noches Count Basie y Slim & Slam. Pasaron las voces de Sarah Vaughan y Billie Holiday; Coleman Hawkins, Bird, Roy Eldridge, Fats Waller, Mary Lou Williams, Art Tatum... y muchos más que fueron figura de cartel o invitados de lujo en muchas sesiones.

Las *jam sessions* fueron habituales. No había protagonismo, era intercambio de ideas, diálogos que se entablaban del piano al saxo, de éste el contrabajo, luego a la voz, a la trompeta. Así durante horas de muchos años.

Era época de auge para esta música pero en ninguna otra ciudad proliferaba tanto como en Nueva York ni había otra calle como La Calle. Estaba la Rush Street de Chicago, la Bourbon Street en Nueva Orleans; en Memphis, la Beale Street y en Los Angeles, Central Avenue, pero en todas ellas faltaba algo. No tenían el Onyx, ni el Famous Door, ni tampoco el Three Deuces.

Ahora no están en ninguna parte y sólo son historia. En la 52 sólo queda el 21, y debe ser un milagro que se mantenga. No por la música —ahora es un restaurante de lujo que no tiene nada que ver con el pasado—, sino porque el edificio contrasta con el entorno; su estructura y su portero son lo único con aspecto humano que se puede apreciar en toda la calle.

La semilla del buen diablo

En aquellos años de la calle del swing, aquellos diablos blancos y negros estaban doblemente vivos y ésa es la diferencia. Hoy no están sus personas, queda sólo lo que podemos imaginar a través del anonimato que da el cristal de seguridad tras el que se parapetan sus habitantes actuales.

Queda lo que se plasmó en herencia y que algunos privilegiados pudieron guardar para que otros aprendan, abonen esa semilla y la cultiven en cada nota.

Queda también lo que se escribió y ahora se repasa con la ansiedad del que busca la fuente de la energía. Y queda lo que se grabó, y hoy se reproduce por miles en copias de esos discos.

Esos discos, las primeras copias, las carpetas originales..., otra de las cosas por las que sí hay que ir a Nueva York. Sentir en las manos el peso de los años que pasaron por esa carpeta amarilla, mugrienta, otras veces en estado impecable.

Y está bien conservado, no tiene más surcos de los necesarios los precisos para contener esos diez o doce temas que se han repetido hasta la saciedad, incluso han llegado a ser estandar. Pero sólo en ese disco está el magnífico ataque de Parker. O se escucha la frase genial de Monk, que estaba inspirado en aquellos días de la grabación y contaba anécdotas y bromeaba con los chicos. Y ese otro, el último de Brown, porque luego fue lo del terrible accidente de carretera.

Sales de la tienda con el disco, agradecido al vendedor que, generalmente, sabe muy bien de qué va la historia; incluso hay unos momentos de emocionado recuerdo para el coleccionista, que se desprendió de él; seguro que porque se murió, o puede que se cansase y se compró el compacto. Pero a tí te ha permitido tenerlo en las manos, eso es lo bueno.

Es como elevarse a la séptima potencia, sobrevolar los pretenciosos rascacielos y decir a voz en grito "joderos todos, yo ya lo tengo". Puede que por último la grabación no sea lo que se decía, que no llegue a alcanzar el estatus de mítica, pero forma parte de una historia irrepetible. No tiene precio.

Y ahí sí sientes la diferencia de ese gran desfiladero, de esas rocosas de cristal, que son las calles de Nueva York. La diferencia de sus gentes, los matices negros. Y te sientes negrero también porque... ¿y si no hubiese habido negros? ¿Y si nadie los hubiese puteado? Cómo sería todo esto, qué habría pasado si no se hubiesen trasladado desde las plantaciones de algodón hasta la urbe.

¿Se habría desarrollado su música hasta ser lo que hoy es el jazz? Es un planteamiento muy duro; esclavitud, retroceso en la evolución humana igual a arte libre y creación. Un duro precio, que siguen aún pagando quienes están o no en este apartado de la historia.

Eso no me alivia nada, es más, me preocupa profundamente porque no sólo se putea a quienes están en el círculo del jazz; no son sólo los negros quienes sufren la abominable situación del desequilibrio social y la neura. Definitivamente esta ciudad desequilibra y contamina. Lo mejor es perderse unas cuantas horas en The Record Hunter, en **Jazz Record Center**,² o reconciliarse con uno mismo dentro de las calles del Village.

Al estrés por la sobredosis

Verticalidad arquitectónica en el centro y en la distribución social de la periferia... cómo se puede ser bueno y sumiso si sobrevives entre miseria.

En las zonas donde el desorden es perfecto —la Quinta Avenida, Park Avenue, Central Park en algunas horas del día— la sumisión también es perfecta. Aquí la droga no se pone en vena, ya la suministra la tele, la publicidad, el tráfico y el horario de trabajo.

Son dosis de locura calculada que entra directamente por los sentidos. Si se produce la sobredosis lo llaman estrés, y queda muy bien porque, pobre de aquel que no la padece alguna vez en su vida. Eso significa que se ha quedado en las puertas de la vorágine, que no ha sabido participar de lo auténticamente placentero; de la gran oportunidad de enloquecer por la gratificante recompensa de llevar adelante la causa común y ostentar el privilegio de ser uno de los amos del mundo.

Allá donde el asfalto tiene aún más agujeros que en el centro, donde las fachadas de las casas más parecen nichos de cementerio que habitaciones para personas, la vida se juega en serio cada día.

Vistos por lo pies no hay diferencia. Tanto los managers del Centro Financiero, como los hispanos y los negros, usan esas zapatillas *todo terreno*, que se diferencian sólo por la marca. También por el uso, porque según el caso pueden dar una u otra prestación: bailar frenéticamente, correr delante de la policía o relajar los músculos con un paseo a la carrera.

Ese baile tan personal que tienen los desprotegidos en su forma de caminar, no es nada casual. No es, como lo define Tom Wolfe,³ clásico del *chuloputas*. Es una mezcla de ritmo, de intento estabilizador de estómagos vacíos, de vidas sin otro sentido que el de la lucha diaria y fuerte.

Y a pesar de todo es Nueva York, una manzana picada que está en boca de todos. La salva esa clase especial de gente que vive por y para el jazz, esos lugares que la hacen viva. Esos músicos que mantienen activa la historia y la siguen engordando con más páginas, densas e ilustradas.

Hay que respetarla por esa leyenda que pasó a ser mitología y llegó a establecerse como una gran obra épica de versos desordenados, a cual más sublime y sustancioso.

Es esa ciudad, ese pentagrama vertical, ese desfiladero de paredes cristalinas, en las que uno se ve reflejado y te devuelven constantemente la propia insignificancia y miseria. Si no fuese por todo eso, Nueva York sería un gran plato de caviar compuesto por minúsculos puntitos negros susceptibles de ser devorados por los propios hermanos que salieron del plato antes de la redada.

Y por el gran jefe blanco y su familia, anfitriones de la convocatoria, que se sienten superiores sólo porque disponen de dólares para pagar ese caviar que se llevan a la boca.

Lo que parece claro es que tampoco en Nueva York el jazz es una música protegida por autoridades y apoyada por un público masivo. Existen problemas porque los clubes no pueden mantenerse si no es a base de atractivos extra-musicales. Porque además son caros y no todos los aficionados pueden acudir a escuchar en directo ni emplear dinero en su pasión favorita. Pero son millones de habitantes, muchísimos músicos y muchas ganas de defenderlo por parte de algunos.

Durante todo el día hay programación de jazz en las emisoras de radio, músicos y grabaciones se exportan a cualquier rincón del mundo, y pese a que los neoyorquinos aficionados al jazz se quejan, sólo en esa ciudad tienes actuando en la misma semana, y no por convocatoria de un festival, a Tommy Flanagan en trío; Wynton Marsalis con su combo; Hellen Merrill acompañada de piano y bajo; Dave Murray en quinteto...

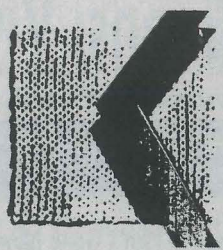
Y para terminar a altas horas de la madrugada, porque no puede faltar la nocturnidad, asistir a una *jam session* de esas que uno monta en sus sueños fantásticos de penitente aficionado, algo irrepetible, donde se unen las características de todos los grandes que aciertan a pasar por allí. Y por un momento crees en la reencarnación, y dudas si estás en la 52.

Lo mejor en esos casos es abrir bien ojos y oídos y poner muy firme el brazo sobre la barra del bar porque quizás así te llegue algo de la energía de Art Blakey, que está ahí también, escuchando y tomando un trago.

¹ Buena comida americana y buen jazz americano.

² Dos tiendas de discos de obligada visita en Nueva York.

³ Tom Wolfe: "La hoguera de las vanidades".



KALAMAR
TEXTIL

- camisetas publicitarias
- chandals
- sudaderas
- servicio de serigrafía

Luisa Fernanda, 27 1º dcha.
28008 Madrid Fax 248 95 74
Tel. 248 90 73 / 46 06 / 93 77 / 93 91

JOHNNY
JAZZ
Club



Pases a partir de las 23 hs.

Todos los domingos **Jam-Session**

Diciembre

Blues Exprex 20-21-22
Ragtime Sextet 27-28-29-30

Enero

Bill Kooper Quartet 3-4-5
Julio Daud Quartet 10-11-12
Ándante con Moto 17-18-19
Black Market 24-25-26
Round Trip 31

Febrero

Round Trip 1-2
I.S.P. 7-8-9
Malik Yakub 14-15-16
Antonio Mesa 21-22-23

JOHNNY
JAZZ

C/ CERVANTES, 7 - MADRID